

La Voz de Guipúzcoa

AÑO VII.

Diario Republicano.

Núm. 2.376

Precios de suscripción.

SAN SEBASTIÁN: tres meses 4 pesetas.—PROVINCIA, tres meses, 4,50 pesetas.—EXTRANJERO: un año, 35 pesetas.—ULTRAMAR: un año, 50 pesetas.

Las suscripciones hechas por conducto de los corresponsales, tienen un aumento de 10 por 100.

Número suelto, 5 céntimos.—Número atrasado, 10 céntimos.

No se devuelven los originales.

San Sebastián.—Miércoles 28 de Octubre de 1891.

Redacción y Administración

Calle de Echaide, número 6, bajo.

Teléfono número 24.

Precios de inserción.

En cuarta plana, 10 céntimos la línea.—En tercera plana, anuncios preferentes (rectamos), 30 céntimos la línea.—Gacetas, 50 céntimos.—Anuncios en la primera plana, 1 peseta la línea.

REBAJAS PROPORCIONALES AL NÚMERO DE INSERCCIONES.

COMUNICADOS: a precios convencionales, de 1 a 25 pesetas línea.

Recibe anuncios en París M. A. LORETTE, rue Camurint 81, uno de nuestros corresponsales.

La Voz de Guipúzcoa

es el periódico de mayor circulación de esta provincia.

Servicio telegráfico especial

La Voz de Guipúzcoa

cotización de la bolsa de Madrid 27 de Octubre 1891

4 por 100 interior	74 30
4 por 100 exterior	75 05
4 por 100 amortizable	87 20
Obligaciones del Tesoro	100 20
Billetes hipotecarios de Cuba 1886	104 40
Billetes hipotecarios de Cuba 1890	97 40
Acciones del Banco de España	397 00
Acciones de la Compañía de tabacos	00 00
Paris cheque	12 20
Paris 8 días vista	12 15
Londres cheque	28 25
Londres 90 días fecha	00 00

Buenos-Aires, día 26, oro 447.

La triple alianza

No hay pacto alguno con la triple alianza. Lo dice el órgano de los integros de Alfonso XIII. Bien; ya lo sabíamos. Pero lo afirma de nuevo sin temor a ser rectificado. No hay, pues, compromiso alguno. Amén.

Pero se creen en el caso de recordarnos los adoradores de Cánovas que cuando el rey difunto fué a Alemania, estando en el poder los liberales, el monstruo se opuso juzgándole inoportuno el viaje en aquel tiempo en que la triple alianza estaba en gestación. Y que cuando en París se silbó a España y a D. Alfonso (no tanto; se silbó al segundo), los republicanos no hicieron la menor protesta. Y que luego gritamos *¡a Berlín! ¡a Berlín!* cuando los sucesos de las Carolinas.

Una rectificación y continuaremos. Cuando D. Alfonso fué silbado en París hubo periódicos republicanos que hicieron causa común con las masas excitadas y categorizadas. Y hubo periódicos republicanos, como *El Globo* que sostuvieron valientemente la sensata campaña de la razón y el desapego, no para aprobar la conducta de los que silbaron, que a los que silban a un rey como a un cómic, como al más humilde prójimo, no los defendiendo, sino para hacer ver que el populacho de París no era Francia y que España no era el coronel de hulanos que con presentarse como tal podía excitar las antipatías de un pueblo anti alemán por sus cuatro costados.

Cuando Alemania atropelló nuestra bandera en las Islas Filipinas, la opinión se excitó; hubo quienes pensaron con frialdad, pero damos de barato que todos, ofendidos y arrebatados por el agravio infundido a lo que simboliza a la patria (que debe estar para monárquicos y republicanos por encima de las instituciones) gritamos *¡a Berlín! ¡a Berlín!*

Y bien; resultó que nos quedamos en casa. Que es lo que recientemente hemos recordado y lo que deseáramos evitar para que no se nos confundiera con el pueblo que profería igual grito cuando la *Nana* de Zola espiraba, corrompida y putrefacta.

Y se evita eso no atolondrando a la opinión; no predicándola que si Francia no admite nuestros productos nos pulveriza el honor nacional y debemos emprender una política de represalias que nos lleve a la guerra.

Continuemos. Opinión los ultraconservadores que Cánovas fué el salvador de la patria entonces; que él solucionó los conflictos y que nosotros los republicanos no quedamos aborreciendo a Alemania y dedicando todos nuestros cariños a Francia por el hecho de ser republicana.

¡Error más grande! De la misma manera podríamos argumentar nosotros que los monárquicos detestan a Francia por ser republicana y aloran en la triple alianza porque las naciones aliadas son monárquicas.

¡Error crasísimo! No conviene todo el mundo en que es poco menos, ó sea menos, la ruina de nuestra industria vinícola la decisión de Francia de imposibilitar nuestra exportación? Si. Luego hasta aquí Francia ha favorecido a nuestra viticultura, la ha dado la vida, la prosperidad. Pues ahí tienen los desgraciados ultraconservadores cómo en nuestro criño predilecto a Francia entra en gran parte un agradecimiento justificado que ellos, por lo visto, no sienten.

Francia republicana ó Francia monárquica será siempre nuestro pueblo hermano. Podremos reñir como se reñe en el seno de las familias por cuestión de intereses; pero el cariño queda en pie.

¿Quién hay que sepa vencer la influencia halagadora de los vínculos de la sangre? ¿Quién hay que no sienta simpatías por los pueblos franceses, portugueses ó italianos, hermanos nuestros por la raza?

El populacho francés un día silba a un español. El hecho es más ó menos disculpable. Po-

ro concedamos que no tiene disculpa. No es Francia la que silba. Francia es la que da nobles y sinceras explicaciones.

Alemania atropella un día nuestro pabellón, y sostiene la legitimidad del atropello y defiende su pretendido derecho.

¿Cómo no hemos de simpatizar más con los franceses que con los alemanes?

Si otras razones de patriotismo y de conveniencia a nuestros intereses no aconsejaban el rechazar la triple alianza, las de sangre, aparte de otras muchas comerciales y aún políticas, nos lo aconsejarían.

Que Cánovas no ha entrado en tratos con nadie...? Ha hecho bien, ¡y de él si lo hiciera! ¡ay de la monarquía! ¡ay de nuestra patria!

NO HAY CONTRADICCION

El domingo, comentando un artículo de *La Unión Vascongada*, un telegrama del mismo periódico y una interview ó cosa así de un personaje político, decíamos que nos convenía quitar el pistón, no matar más a Francia y huir de la triple alianza como de la peste.

El lunes decíamos que si Francia nos hace daño comercialmente creyendo defender sus intereses debemos hacerla daño comercialmente defendiendo los nuestros y no yendo a allá a comprar nada.

Y el martes ¡día aciago! dice *La Unión* que nos contradecimos y que lo que le combatimos al colega un día como malo lo defendemos como bueno al siguiente.

Nada de eso. Ni asomo de contradicción. Seguimos en nuestros trece. Creyendo que el que aconseje ó aplaude una política de inclinación hacia la triple alianza aconseje ó aplaude una política funesta, suicida, infame.

Y creemos esto porque en aventuras guerreras, ni con metete conjuraría los males que nos amenazan ni en ningún caso debemos comprometernos con Francia a la que hasta por lazos de raza estamos unidos.

Y decimos esto porque los ultra conservadores del cuño de *La Unión* se muestran excesivamente benévols para la triple alianza y hostiles para Francia, como lo demuestran esas manifestaciones de conspicuos políticos de la situación de que si nuestra adhesión a la triple alianza no es un hecho hasta la fecha puede serlo si Francia no desiste de sus exageraciones proteccionistas; y como lo demuestran, en fin, estas palabras de nuestro colega:

«Ante las ofensas inferidas por quien de nosotros no ha recibido motivo ni pretexto para ellas, debemos detenernos un poco y meditar acerca de si el honor de la patria, los intereses sagrados de la España, la legitimidad de la defensa proporcionada al ataque, ó superior si es preciso, merecen un sacrificio, reclaman la unión íntima de los partidos y exigen el concurso eficaz de todos.»

«Lo que en estos críticos momentos nos incumbe es discurrir muy friamente, pero con firmeza, respecto si será preciso adoptar una política vigorosa de represalias con todas las consecuencias que puedan sobrevenir.»

Y puestos ya en este terreno, no creemos «haya nadie tan apegado a las pasiones de partido que vaya a sacrificar el prestigio de la patria ante el altar de la política estrecha y mezquina.»

No queremos interpretar lo que copiado dejamos. Sería ofender en su ilustración a nuestros lectores.

Pero digamos si quien así se expresa es como nosotros advertimos de toda política guerrera, de toda amenaza ridícula é infructuosa, es, en fin, amigo de la política de paz y amistad con la república francesa.

Porque, lo repetiremos para concluir, al cerrar la nación veclna sus puertas a nuestros vinos, no es que quiere y busque adrede la enemistad con España, no es que lastime el honor de nuestra patria—qué tiene que ver el honor con la exportación de los vinos!—no es, en una palabra, que nos provoque, nos desprecie ó nos insulte. Es que cree defender sus intereses, equivocadamente tal vez ó acertadamente, pero sin ánimo de ofender a nadie.

Y nosotros, que, creyendo interpretar los sentimientos de la mayoría del país, rechazamos en absoluto a la triple alianza que no ha de beberse los vinos españoles, ni rebajar los cambios ni hacer más que comprometerlos y arrojarnos, decimos: hagamos con Francia lo que Francia hace con nosotros. Sin amenazas, sin bravuconerías, sin dejar de ser sus amigos íntimos y queridos. Porque....

«una cosa es la amistad y el negocio es otra cosa.»

ARTISTAS GUIPUZCOANOS.

(Instantáneas).

XVIII

Nuestros oradores.—El P. Vinuesa.

José Vinuesa, que así es su nombre, nació en San Sebastián, donde aún conserva muy buenos amigos que le admiran y le respetan. Aquí hizo sus primeros estudios teniendo

por maestros al insigne Manterola y a D. Esteban Gomendio, que le enseñaron, aquél latin y éste matemáticas.

Completó sus estudios en Vitoria y Valladolid, donde se licenció en derecho canónico alcanzando brillantes notas.

Sus ideas y su vocación le llevaron hacia Loyola ingresando en la orden de San Ignacio para más fortalecer, sin duda, el juicio muy generalizado y nada erróneo de que el jesuitismo tiene la suerte de arrampar con lo mejor entre lo que dan de sí los seminarios.

No fué mala adquisición.

El P. Vinuesa es indiscutiblemente uno de los jesuitas que más valen.

Tiene fama de predicador notable, no ya por su buen decir, de cuyo arte es maestro, sino por su ilustración y envidiables talentos.

Posee una inteligencia clarísima y como consiguiente condición un patrimonio de profanda erudición digna de envidia.

En ciencias eclesiásticas y filosóficas, como en las naturales y en las históricas es todo una autoridad.

Y por si fuera poco posee vastos conocimientos filológicos.

Pónganse todas estas condiciones en un hombre de fácil, espontánea y natural palabra, y se tendrá a un orador completo; se tendrá a un P. Vinuesa a quien la fama ha proclamado ya como paladín de talla de los intereses religiosos.

Interpretando y explicando textos bíblicos; analizando doctrinas para las cuales su penetrante juicio es el escarpelo que practica una operación anatómica; escurriéndose la historia, elevándose al empirismo de la metafísica, es siempre el hombre razonador que argumenta con lógica inflexible y severa y enérgica concisión, empleando elegantes formas, tan realzadas con el artificio como su criterio con el de las ideas modernas.

Y como habla escribiendo; el castellano lo es tan familiar como la puede ser el latin y el vasco. Afluye la palabra a sus labios, visto con ella su pensamiento y sin aparatosos lujos que se distinguen pocas veces cuando se dice lo que quiere decir llegando hasta donde quiere llegar, realizando la intención ó exponiéndola sencillamente en forma inmaculada que por su sencillez cautiva.

De matizar la frase se encarga el propio calor de sus convicciones. La suavidad y la armonía unas veces, como la energía y la concisión otras, no son resortes artificiosos a los que recurre como el pianista al pedal premeditadamente. Su expresión es naturalísima como emanada de su modo de sentir.

En su trato particular es franco, cariñoso, expansivo, alegre. No creemos que sea condición exclusiva de jesuita....

Vive consagrado al estudio y al púlpito. Es uno de los hombres más ilustres de este suelo. Vale mucho.

Pero es jesuita....

EL ABRAZO

«Que quiero veros abrazados» decía el vicario a Ramoncho y José Joaquín cuando, chicos y todo, no tenían un día de paz y si no salían de la escuela dándose mojitones andaban a pedrada limpia.

«Que quiero que os abracéis como dos buenos amigos» les dijo muchas veces, cuando, ya mozaletas, por un quitame allá esas pajas se sacudían las espaldas con buenos palos de Fresno en mitad de la plaza.

«Que no he de parar hasta veros abrazados» les dijo por último el bueno del cura un día en que las barcas de los dos mozos se embistieron en ocasión de marejada como si las embarcaciones estuviesen contagiadas de los recursos sentimentales que a sus respectivos dueños dominaban.

Porque Ramoncho y José Joaquín, como si fuesen obra cada cual de la maldita fatalidad, empezaron a detestarse de pequeños con toda la fuerza de la inocencia y siguieron odiándose con todo el poder de la adolescencia.

Ni ellos mismos sabían por qué. No eran malos, su fondo era bueno; sencillotes, de corazón, mansos para con los demás. Eran malos únicamente para aborrecerse. Dos caracteres que en vez de entenderse, enlazarse y adaptarse habían chocado. Como a veces las nubes que se aglomeran y se confunden bajo el azul firmamento formando figuras ideales, chocan y estallan en furiosas descargas de electricidad.

Por eso, porque el cura comprendió que aquellas dos almas por un acaso inconsciente habían chocado, quería encarrillarlas y abrazarlas como Dios y la sana moral ordenan.

Pero cosa que hace la fatalidad rara, vez deshace el buen deseo y debía estar escrito que aquello acabase en tragedia.

Hombres los dos siguieron mutua y cordialmente odiándose.

Escuchaban con respeto las exhortaciones del vicario, pero nunca pudo decirse mejor de un cura que predicaba en desierto.

Y como todo se encontraba en los dos chicos para repelerse y avivar la hoguera, se encontraron también sus gustos. Pasieron ambos sus miradas en María, hermosa chica del lugar;

miradas que al fijarse reflejaban cariño y al separarse relampagueaban odio mortal.

Que a alguno de los dos hubiera preferido la muchacha, cosa es que puede santamente pensarse; que, al cabo, hija de Eva era ella con todas las debilidades del sexo y no eran los machuchos pedazos de castaño que no hicieran sentir.

Pero también es lo cierto que, ó porque no quisiera provocar al choque entre aquellos caracteres de tempestad, ó porque prefiriendo al uno quisiera librarse de la venganza del otro, ó simuadamente y ocultaba sus miradas por la hacían traición, cubriéndose la mujer de fuego y sentimientos con la máscara de la fría indiferencia.

Pero no hay buenas intenciones cuando la interpretación es mala, y cada cual echó la culpa al otro de la imposibilidad de la muchacha.

Era preciso acabar. Los dos lo reconocieron. Acabar de una vez. Convenido quedó en la tarde en que por excepción se hablaron sin acabar a golpe seco.

Hasta entonces pudieron vivir felices odiándose. Desde entonces, no; porque la felicidad consistía en conquistar un cariño que los dos se disputaban, y para la conquista sobraba uno de los combatientes.

Saltaron a una lancha, empuraron los remos y fueronse mar adentro, surcando las olas con una velocidad pasmosa, como si dentro del agua fuese el diablo empujando la barca con todas sus fuerzas.

En alta mar, donde la tierra ofrecía su silueta igual a una suave línea violácea casi desvanecida en el claro azul del cielo, alzaron los remos, se pusieron de pie, se miraron de frente y se sonrieron.

Sonrisa satánica nacida del fondo del corazón. Porque también el odio sonríe.

Después se acometieron, bravos, impetuosos, como dos fieras en el desierto. Hubo un instante de terrible silencio durante el cual sólo se oyeron resoplidos roncans, hálitos de fiebre, mientras el agua balaba a aquellos dos cuerpos empujados por la fuerza avasalladora de sus pasiones.

Firmes, derechos, abrazados, vacilaron un momento, y enseguida ayudados por la acuidad de una ola cayeron, como vertidos por la lancha al agua.

Ramoncho, al caer echó un brazo a la proa del barco, y haciendo un supremo esfuerzo ganó la fragil embarcación, quedando montado en una banda con una pierna colgando fuera y la otra dentro. José Joaquín salió un segundo después a flote, y con ambas manos se agarró a la pierna de su adversario. Los dedos de sus manos hicieron presa como si fueran garfios de acero. Ramoncho con la izquierda se agarró a una de las costillas de la barca, y con la derecha empujaba a su enemigo queriendo hundirlo.

En esta operación terrible tuvo que dolerle, inclinarse para imprimir más violencia en su fuerza. La mano derecha del otro saltó instantáneamente de la pierna a la boca agarrándose a la mandíbula inferior interiormente. Una dentellada de puñeta destruyó los dedos de José, pero como si fuesen de hierro no soltaron su presa. Un tirón último y titánico venció, y los dos cuerpos abrazados se hundieron en el abismo mientras un golpe de mar echó a buena distancia la barca.

El pueblo se alarmó al observar por la noche la ausencia de los dos mozos.

Algunos días después la marea arrojó a las peñas los cuerpos de Ramoncho y José Joaquín, unidos, fundidos en terrible abrazo.

Si duda para que el vicario al verlos digese, como dijo: ¡No decía yo que, al fin, había de verlos abrazados!

AÉMRCE.

NUESTRAS CARTAS

Desde Oñate

Sr. Director de *La Voz de Guipúzcoa*.
Muy señor mío: Tiempo hace que no he tenido el gusto de escribirle a usted, pues nada nuevo tenía que participarle, pero un acontecimiento, y digo bien, un verdadero acontecimiento, es el que me obliga hoy a hacerlo; la boda de D. Juan Garay, hijo del conocido industrial D. Cornelio Garay, con la señorita doña Nemesia Mendía. Nada de particular tiene una boda; dos corazones que se unen para ser felices, cosas que se ve todos los días; pero la que hoy nos ocupa ha sido algo más, ha sido una manifestación de simpatía hacia los recién casados y una manifestación grande y expontánea de cariño por parte de los obreros a su principal y jefe D. Cornelio Garay. La esplendidez de la boda ha sido notable; el entusiasmo de los convidados indescriptible.

La boda se celebró el 24, pero el domingo anterior dieron principio las fiestas. En el espacioso salón del Casino se colocó una gran mesa para 40 cubiertos para celebrar la cena de despedida de la vida de soltero, que don Juan Garay daba a sus amigos.

El sábado fué el día señalado para la boda; a las seis de la mañana los operarios de la fábrica que iban al trabajo, pasaban por frente de las casas del novio y de la novia vitoreándoles y disparando multitud de cohetes.